

Departamento de Historia
Universidad de Santiago de Chile
Revista de Historia Social
y de las Mentalidades
Nº 7, Vol. 2, 2003: 45-69
ISSN: 0717-5248

EL PARTIDO COMUNISTA DE CHILE: ANTECEDENTES IDEOLÓGICOS DE SU ESTRATEGIA HACIA LA UNIDAD POPULAR (1961-1970)¹

HERNÁN VENEGAS VALDEBENITO²

RESUMEN

En este trabajo, se entregan antecedentes de los postulados ideológicos y programáticos que el Partido Comunista de Chile (PCCh) planteó en función de concertar alianzas sociales y políticas amplias. El partido asumió la tesis de vía pacífica como una forma de alcanzar el socialismo, dentro del marco de una democracia en expansión. Se indaga sobre las propuestas del PCCh en la década del sesenta, sus iniciativas para alcanzar la Unidad Popular y sus definiciones políticas centrales para iniciar el tránsito al socialismo.

ABSTRACT

This research concentrates in the history of the ideological and pragmatic propositions that the Chilean Communist Party developed in order to establish wider social and political alliances. The Communist Party assumed the thesis of the «pacific way» as a mode to reach socialism within a democratic expansion. This work also study the party' s proposals during the 60' , its initiatives to build the Unidad Popular and its major political definitions to begin the socialism' s way.

EL PARTIDO COMUNISTA DE CHILE Y LA COYUNTURA ELECTORAL DE 1970

-
- 1 Este artículo forma parte de los resultados del proyecto DICYT Nº 03-0151VV, titulado «El Partido Comunista de Chile, un actor de la transición. Del Frente Antifascista a la política de Rebelión Popular de Masas. 1974-1989».
 - 2 Académico del Departamento de Historia de la Universidad de Santiago, USACH. El autor agradece la colaboración, comentarios y sugerencias del profesor Pablo Rubio A.

EL AÑO 1969 FUE de gran trascendencia para reconocer la postura del PCCh, en relación con la estrategia que debía asumir la izquierda chilena en su camino al socialismo. Ese año fue particularmente importante, pues en el mes de noviembre se convocó al XIV Congreso de la colectividad donde se insistió en su propuesta de Unidad Popular, y se definió en forma más clara la que sería la estrategia política del partido tras un eventual triunfo en las elecciones presidenciales de 1970. En ésta se reafirmaban las tesis aliancistas levantadas ya desde la década de 1930. En ambas instancias, se insistía en la necesidad de reforzar la lucha frente al *imperialismo* y la *oligarquía nacional*, considerados los principales adversarios de la causa popular.

En su informe al XIV Congreso Nacional del Partido Comunista, el Secretario General de la colectividad, Luis Corvalán, reafirmó estos planteamientos, poniendo de relieve la necesidad de generar la llamada «Unidad Popular para conquistar el poder».

De acuerdo a la autoridad partidaria, la única posibilidad de resolver la «cuestión del poder en favor del pueblo» era creando una sólida alianza que convocara a las fuerzas políticas representadas por los dos partidos con mayor adhesión ciudadana dentro de la izquierda, es decir, el propio PCCh junto al Partido Socialista (PS).³ No obstante, y a diferencia de lo que había sido la experiencia anterior del Frente de Acción Popular (FRAP), se debía avanzar en el sentido de integrar a otras fuerzas sociales y políticas capaces de asegurar una base de sustentación más sólida para un futuro gobierno popular. Una alianza que estuviese dispuesta a asumir las transformaciones necesarias para profundizar la democracia e iniciar el camino al socialismo. En definitiva, de lo que se trataba era que, además de la clase obrera y los sectores populares, «las demás clases y capas sociales progresistas y sus expresiones políticas tengan y asuman las responsabilidades correspondientes».⁴

En concreto, el llamado que hacía el Partido Comunista de Chile, en la voz de su Secretario General, era a la generación de un Comité Coordinador de las colectividades de izquierda para elaborar una propuesta en común y generar una plataforma para enfrentar las elecciones presidenciales de 1970.

La invitación estaba dirigida al Partido Socialista con el fin de afianzar una estrategia que, siguiendo las ya tradicionales tesis del PCCh, se establecía en términos antiimperialistas y antioligárquicos pero aceptaba, quizás en fun-

3 En 1969, en las elecciones parlamentarias de ese año, la votación agregada de los Partidos Comunista y Socialista equivalía al 28,1% del electorado nacional.

4 Luis Corvalán L., *Camino de Victoria*, Santiago, 1971, p. 321.

ción de influir en la decisión del PS, la perspectiva socialista de la revolución, aunque sin ahondar mayormente en el tema.

La iniciativa de Unidad Popular se constituyó en el eje central de la política de la izquierda parlamentaria durante los casi cuatro años que separan el período de la campaña electoral de 1970 y el golpe de Estado de 1973. La tesis de unidad fue respaldada además por la propia figura del futuro presidente Salvador Allende, entonces senador de la República y, en gran medida, artífice de que el PS abandonara transitoriamente sus propuestas más radicales.⁵ Estas habían sido levantadas recientemente como conclusiones de su XXII Congreso General celebrado en Chillán en 1967, donde se aceptaba que la lucha por el poder debía asumir inevitablemente el carácter de conflicto armado.⁶

El objetivo de crear la Unidad Popular era, de acuerdo al Partido Comunista, «alcanzar el poder en las siguientes elecciones y hacer la revolución». En ambos casos, los conceptos ameritaban una interpretación particular. Lo que estaba en juego en 1970 era sólo una parte del poder, pues la lucha estaría centrada exclusivamente en la elección del cargo de Presidente de la República, que en el mejor de los escenarios podía significar la posibilidad

5 Salvador Allende Gossens (1908-1973), de profesión médico y oriundo de la ciudad de Valparaíso, fue uno de los fundadores del Partido Socialista de Chile en 1933. En representación de esa colectividad fue diputado en 1939, senador en varios períodos, ministro del gobierno de Pedro Aguirre Cerda, y Secretario General del partido en 1943. Fue candidato presidencial en cuatro oportunidades: por el Frente del Pueblo en 1952, por el Frente de Acción Popular en 1958 y 1964, y en 1970 por la Unidad Popular, siendo elegido primer mandatario este último año. Su pensamiento político incluía como postulados principales el *tránsito institucional* o la *vía pacífica al socialismo* y la *unidad de la izquierda*. Para profundizar sobre su vida y obra véase, entre otros, *El Pensamiento político de Salvador Allende*, Santiago, Editorial Quimantú, 1971; Salvador Allende, *Nuestro camino al socialismo la vía chilena*, selección de Joan Garcés, Ediciones Papiro, Buenos Aires, 1971; y Tomás Moulián, *Conversación interrumpida con Allende*, Ediciones LOM, Santiago, s/f.

6 En aquella ocasión el Partido Socialista afirmó: «La violencia revolucionaria es inevitable y legítima. Resulta necesariamente del carácter represivo y armado del estado de clase. Constituye la única vía que conduce a la toma del poder político y económico... Las formas pacíficas o legales de lucha... no conducen por sí mismas al poder. El Partido Socialista las considera como instrumentos limitados de acción, incorporados al proceso político que nos lleva a la lucha armada», en Julio César Jobet, *El Partido Socialista de Chile*, Editorial Prensa Latinoamericana, 2 Volúmenes, Santiago, 1971, p. 130.

de un control parcial del poder político.⁷ El carácter de la revolución estaba dado por una concepción etapista de la misma que, en consonancia con viejas tesis de la izquierda chilena y particularmente las suyas, el PCCh sostenía como apropiadas para países que no habían alcanzado un gran desarrollo de la democracia burguesa, y en los cuales las transformaciones económicas ocasionadas por la profundización del capitalismo eran más bien limitadas.

De acuerdo a los comunistas chilenos, el carácter de la revolución estaba determinado por la realidad, y no podía estar sujeto a propuestas subjetivas y artificiales. Se relevaba entonces el análisis científico de la realidad histórica, a partir del cual debían establecerse las definiciones y asumir las estrategias que de ella se podían derivar.

El Partido Comunista, en el marco de su XIV Congreso de 1969, colocaba énfasis en definir el carácter de la revolución chilena y, por ende, los objetivos de la Unidad Popular en la *perspectiva del socialismo*, sin enfatizar en el carácter socialista propiamente tal, del proceso que se estaba intentando desplegar. Sin duda, esta elaboración no era nueva; sus antecedentes es posible rastrearlos con muchos años de antelación y ciertamente en la década de 1960.

ALGUNOS ANTECEDENTES HISTÓRICOS DE LA PROPUESTA COMUNISTA

La propuesta de alianza amplia para la conquista de poder era una iniciativa que el partido había hecho suya, con bastante autonomía, a partir de su Conferencia Nacional de 1933, pero reafirmada por las resoluciones del VII Congreso de la Internacional Comunista, en que se impuso la tesis de los Frentes Populares de naturaleza antifascista, que dicha organización estimuló en diversos espacios políticos, incluyendo Latinoamérica.

Dos décadas después la estrategia aliancista recibió un nuevo impulso, que en el plano externo estuvo representado por las transformaciones post XX Congreso del PCUS en 1956 y la revisión Krusheviana, y en el ámbito nacional por las conclusiones del X Congreso de la colectividad celebrado ese mismo año, ratificado más adelante por la fundación de Frente de Acción

7 Esto porque la representación de la izquierda marxista en el parlamento era minoritaria, lo cual limitaba ampliamente sus posibilidades de llevar a cabo un programa revolucionario, dentro de los cauces institucionales.

Popular.⁸ Esta alianza integraba como sus ejes centrales a los Partidos Comunista y Socialista.

En el plano concreto, después del fracaso que habían representado los resultados en las elecciones presidenciales de 1958, el Partido Comunista chileno —gozando de plena legalidad— había profundizado su camino de entendimiento con otras fuerzas sociales. A partir de entonces, debió asumir un doble juego hacia la izquierda y hacia el centro tratando, por un lado, de interesar a sus aliados socialistas y, por otro, de legitimarse ante los posibles aliados radicales con los cuales se reeditaría el ejercicio de las alianzas de centroizquierda de los años cuarenta, pero esta vez con la hegemonía de los partidos populares, particularmente de aquellos que integraban el FRAP.⁹

En la década de 1960 los comunistas chilenos hicieron una serie de declaraciones para reafirmar esa línea de acción. Queda claro que su estrategia de Frente de Liberación Nacional, elaborada en la década anterior, implicaba la ampliación de la convocatoria social que iba de la mano de un discurso democratizador y de respeto al funcionamiento institucional. Lo anterior también quedó demostrado en los hechos. Así ocurrió, por ejemplo, en el período en que los comunistas fueron proscritos a través de la Ley de Defensa Permanente de la Democracia entre 1948 y 1958, etapa en que debieron sumarse a las estrategias socialistas para seguir activos en los espacios públicos de la política nacional.¹⁰

8 El órgano oficial del Comité Central del PCCh publicó a lo menos tres artículos relacionados con el XX Congreso del PCUS. Dentro de ellos es posible señalar: «*El XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética*», por Principios, marzo-abril 1956, N°34, pp. 20-21; «*El XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética y el estudio de la Historia del Partido*», Editorial, Noviembre 1956, N° 38, pp. 13-20 y César Godoy Urrutia, «*Coexistencia y emulación pacíficas*», noviembre 1959, N° 63, pp. 5-16.

9 Para las posiciones del PCCh en la década de 1950, véase el Informe del *Comité Central del Partido Comunista de Chile, rendido por el Secretario General, camarada Galo González. Conclusiones del X Congreso Nacional del Partido Comunista de Chile, 1956, s/e*, y el *Informe del Comité Central al XI Congreso Nacional del Partido Comunista de Chile, rendido por su Secretario General, Luis Corvalán*, Diario El Siglo, 19 de noviembre de 1958. Sobre las posiciones ideológicas de la izquierda en el período, véase, Pablo Rubio A., «*La Izquierda chilena en la década de 1950: socialistas, comunistas y sus contradicciones*», en Revista electrónica Palimpsesto, N°1, Departamento de Historia, Universidad de Santiago de Chile.

10 El PCCh rápidamente neutralizó las salidas extrainstitucionales a su situación de clandestinidad. En el marco de su IX Conferencia Nacional, en 1950, se enfrenta-

Desde comienzos de los años sesenta, los comunistas insistieron en la formación de coaliciones amplias entre las clases trabajadoras y actores sociales y políticos de centro. Por otra parte, trataron de definir, seguramente por su afán anterior, su estrategia de lucha por el poder como *vía pacífica*. En 1961 en un artículo publicado por la revista Principios —órgano oficial de difusión del Comité Central—, se sostenía una serie de argumentos para definir el significado del término y para plantear por qué era posible, entonces, hacer proposiciones en esa dirección.¹¹

Como en buena parte de su trayectoria como partido, la organización comunista chilena se hacía eco de los planteamientos del PCUS, en este caso especial de lo manifestado por ese órgano del comunismo internacional en su XX Congreso, celebrado en 1956. De acuerdo a la publicación, el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética había tenido el mérito de restablecer «la validez de la tesis acerca de la vía pacífica».¹² A partir de ese momento, indicaba Corvalán, podía afirmarse que,

ron en la Comisión Política dos posturas para enfrentarla: en primer lugar, la sustentada por Luis Reinoso, quien propugnó una salida *rupturista* de la llamada *dictadura de González Videla*, propuesta que dejaba entrever un quiebre del régimen institucional y de las garantías democráticas, de las cuales el PCCh afirmaba ser defensor. En segundo lugar, la propuesta del Secretario General, Galo González, que recogía dicha tradición institucional. La fracción *reinosista*, después de un breve debate, fue expulsada del partido. El X Congreso de 1956 informó al respecto: «El Partido tuvo que afrontar... a un agente del enemigo que se introdujo en nuestras filas, el traidor Luis Reinoso, que formó una fracción dentro del Partido con el propósito de dividirlo... Reinoso pretendió arrastrarnos a una política aventurera, de acción directa, para aislarnos de las masas» en *Informe del Comité Central del Partido Comunista de Chile, rendido por el Secretario General, camarada Galo González. Conclusiones del X Congreso Nacional del Partido Comunista de Chile*, op cit., p. 23.

11 Luis Corvalán L., «Acerca de la Vía Pacífica», en revista Principios N° 77, enero de 1961.

12 Durante la misma década el tema fue abordado en forma reiterada. Véanse los siguientes artículos: Luis Corvalán L., «Aseguremos el camino pacífico», en revista Principios, mayo-junio de 1964, N° 101, pp. 111-129; Orlando Millas, «La lucha por la aplicación de la línea política», en revista Principios, noviembre-diciembre de 1965, N° 110, pp. 36-52 y Luis Guastavino, «Nuestra línea revolucionaria», en revista Principios, noviembre-diciembre, 1966, N° 116, pp. 27-39.

«la tesis marxista-leninista acerca de la posibilidad de la revolución por la vía pacífica ya no es considerada como algo tan excepcional, sino como la forma más probable del tránsito del capitalismo al socialismo en una serie de países».¹³

Esto podía ser posible sin apelar al expediente de la guerra civil, estableciendo formas de acuerdo y colaboración entre distintos actores sociales, asegurando así la transferencia de los medios de producción más importantes al control popular.

De acuerdo al examen del partido, esto era reforzado, además, por las grandes transformaciones que se habían producido en el contexto internacional. Seguramente sostenían esta afirmación en virtud del impulso de la llamada «coexistencia pacífica», planteada en el mismo Congreso del Partido Comunista Soviético y reafirmada durante toda la década de 1960.

El partido se hacía parte de la confianza en los logros del bloque socialista, y de su capacidad para equilibrar el liderazgo mundial. Esto era avalado también por el notable éxito electoral y de militancia de los partidos comunistas de Europa Occidental, que alcanzaban a millones de adherentes, y la consolidación de aquellas organizaciones en América Latina.

Contra el argumento de que, en la práctica, aquella vía no había sido implementada en ningún lugar del mundo y, por lo tanto, no había experiencias que citar, el PCCCh respondía que aquello no constituía prueba de invalidez. ¿Acaso los clásicos del marxismo habían tenido posibilidad de realizar sus planteamientos a partir de alguna experiencia empírica?

La alternativa de la vía pacífica, en todo caso, estaba planteada como posibilidad en determinados países. Siempre considerando la tesis leninista y el marxismo que rechazaban la acción política como el resultado de una mera abstracción. Por el contrario, las formas de lucha y sus especificaciones debían estar fuertemente asentadas en la realidad histórica de cada país.

A lo largo de toda la década del sesenta el Partido Comunista de Chile volvió insistentemente sobre el tema. Con énfasis en los períodos preelectorales y en concordancia con las definiciones que en ese sentido se hacían en el plano internacional. Durante el período, debió agudizar este discurso frente a las tesis más radicales de sus aliados socialistas.¹⁴

13 «*Acerca de la vía pacífica*», op. cit., p. 8.

14 Discusiones más radicales son las que sostiene el Partido Comunista, a partir de 1965 frente al pequeño pero ultrista Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Véase, por ejemplo, el texto de José Rodríguez Elizondo, *Mitología de la Ultraizquierda*. Editorial Austral, Santiago, 1971. Además, véanse dos artículos de Jorge Texier, «El izquierdismo sólo favorece a la derecha», en revista Princi-

La propuesta de los comunistas a lo largo de esos años manifestó una gran coherencia. Enfatizando, entre otros aspectos, lo complementario que podían ser los esfuerzos por alcanzar una transformación democrática y la revolución socialista. Así, la vía pacífica como mecanismo de transformación podía ser una estrategia legítima en los dos momentos del proceso de liberación de los pueblos.

En todo caso el PCCh planteaba que esa posibilidad, la vía pacífica, no necesariamente era extensiva a todas las situaciones y, además, podía devenir en vía violenta si la coyuntura histórica así lo ameritaba. Todo ello en función de lo que definían como «condiciones objetivas».

Sin embargo, dada la realidad chilena en la década de los sesenta, de acuerdo a los comunistas, ese era el camino a seguir. Tres hechos reforzaban esa postura. En primer término, la derogación de la Ley de Defensa Permanente de la Democracia (1958); en segundo, el perfeccionamiento del sistema electoral con la introducción de la cédula única, que entre otras cosas permitía asegurar el carácter secreto de la votación y, por último, la amplia votación alcanzada por Salvador Allende en las elecciones presidenciales de 1958, en que estuvo cerca de 30.000 del candidato que se alzó con el triunfo.¹⁵ En este panorama, los comunistas afianzaron su tesis aliancista y su vocación institucional para alcanzar el poder.

Bajo estas condiciones, el Partido Comunista de Chile desestimó una vez más la necesidad de preparación para la vía violenta. En relación con ello Corvalán señaló a inicios de década:

«la preparación para la alternativa violenta no consiste, donde hay posibilidad de la vía pacífica, en empeños como el de crear ya destacamentos armados. Esto conduciría en la práctica a tener una doble línea, a marchar simultáneamente por dos caminos, con la consiguiente dispersión de fuerzas, y podría exponer al movimiento popular, o a una parte de él, a la aventura, a la provocación putschista, a una línea de izquierda y sectaria».¹⁶

prios, noviembre-diciembre 1967, N° 122, pp. 24 – 37, y «La herencia de Lenin en la lucha contra el ultraizquierdismo», en revista Principios, abril-mayo 1970, N° 134, pp. 87-96.

15 Los resultados de las elecciones presidenciales de 1958 fueron los siguientes: Jorge Alessandri, 389.909 votos (31,56%); Salvador Allende, 356.493 votos (28,85%); Eduardo Frei, 255.769 votos (20,70%); Luis Bossay, 192.077 votos (15,55%), y Antonio Zamorano, 41.304 votos (3,34%). Datos en Julio César Jobet, *El Partido Socialista de Chile*, Tomo II, op. cit., p. 49.

16 «*Acerca de la vía pacífica*», op. cit., p. 8.

Otro aspecto que se trató de despejar, por una parte, fue la caracterización de la vía pacífica y su relación con el uso de la violencia. Por otra, el nexo existente entre la definición democrática de la revolución y el uso de acciones más radicales. Seguramente previniendo un cambio, en el sentido de la necesidad de asumir etapas de corte insurreccional en algún momento del tránsito del capitalismo al socialismo, tal como había ocurrido con la «madre» de las revoluciones socialistas.

El PCCh intentaba fortalecer el carácter revolucionario de la vía pacífica y así desmentir las acusaciones de reformistas y revisionistas, provenientes de los sectores más radicales de la izquierda nacional.

En su definición de la vía pacífica, los comunistas chilenos, en palabras de su Secretario General, hacían las siguientes precisiones. En primer término, identificar la estrategia solamente como una alternativa electoralista, constituía un error. Si bien admitían que los procedimientos electorales para alcanzar el poder jugaban un rol central, no era menos cierto que una tesis como ésta admitía importantes cuotas de ruptura. Corvalán argumentaba del siguiente modo su proposición:

«Partidarios como somos de la vía pacífica, queremos al mismo tiempo que el movimiento obrero y popular rompa con el lastre del legalismo y se guíe, antes que por las leyes y la Constitución dictadas por la burguesía, por sus propios intereses de clase, considerando la situación concreta de cada momento».¹⁷

En el caso particular de Chile, en que el poder ejecutivo gozaba de amplias prerrogativas, la vía electoral apuntaba directamente a la necesidad de alcanzar el control de este poder del Estado y desde allí iniciar el proceso de transformaciones. Más adelante, el dirigente comunista planteó que la vía pacífica no se limitaba a la lucha electoral. Como vía revolucionaria precisaba de la movilización activa de las masas y, por lo tanto, relevaba como ineludible el contenido clasista que tenía dicha movilización. La alianza obrera-campesina ocupaba un rol protagónico, y si bien se pronunciaba por una alianza social que incluyera sectores medios y aún de pequeña burguesía, el PCCh se esmeraba en desmentir el carácter conciliador de clase de la alternativa de vía pacífica. Frente a las acusaciones de reformismo, defendía las posturas revolucionarias que suponían las transformaciones desde el capitalismo al socialismo.

En este sentido, la vía pacífica, insistía Corvalán, no descartaba de plano el uso de ciertas cuotas de violencia. Si bien se excluía de plano la insu-

17 Op. cit., p. 13.

recepción armada del pueblo o el desarrollo de un enfrentamiento general bajo la forma de una guerra civil, otras formas de acción política que incorporaban instancias de conflicto y enfrentamiento gozaban de plena validez.

De este modo, el Partido Comunista de Chile estimaba que no había contradicción en su definición de vía pacífica con la política de movilización y lucha de masas que se empeñaba en alentar. Es más, esta era la prueba, según Corvalán, del carácter revolucionario de la línea del PCCh. Así, las huelgas en la región del carbón, los conflictos y paros de los trabajadores de la salud, de los profesores, de los ferroviarios, de los obreros del salitre y del cobre se constituían en señales claras de que la movilización de masas y la lucha electoral por el control del poder no eran contradictorias.

«De esta manera —afirmaba el dirigente comunista— se demuestra en la práctica que nuestra línea es combativa y revolucionaria, y que el hecho de pronunciarnos en favor de la vía pacífica no tiene nada que ver con la pasividad, el reformismo, el legalismo o la conciliación de clases».¹⁸

Con todo, la lucha electoral, se convirtió en la pieza central de la propuesta comunista y quizás una de las áreas, junto con la sindical, donde alcanzó un éxito significativo. Así, por ejemplo, en las elecciones parlamentarias de 1961 el FRAP pasó de veinticinco a cuarenta diputados, mientras que el número de senadores se elevó a 9. El Partido Comunista de Chile pasó de 7 a 16 diputados, alcanzando a 4 senadores.¹⁹

La discusión acerca del contenido de la vía pacífica fue continuada a lo largo de toda la década, aunque relativamente silenciada luego de la crisis que significó la derrota en las elecciones presidenciales de 1964.²⁰

En numerosas ocasiones el partido se interesó por «plantear las tesis de la vía pacífica en toda su vastedad y profundidad», afirmando que para

18 Op. cit. p. 17.

19 En su conjunto, la izquierda obtuvo un 31% de los votos totales, y el 27,5% de los escaños de la Cámara de Diputados. Datos en Germán Urzúa Valenzuela, *Historia política de Chile y su evolución electoral, 1810-1992*. Editorial Jurídica, Santiago, 1992, y Federico Gil, *El sistema político de Chile*. Editorial del Pacífico, Santiago, 1967, p. 100.

20 El FRAP sufrió ese año una aplastante derrota, la que se debió —principalmente— al apoyo incondicional que le brindó la derecha al candidato demócratacristiano. Los resultados fueron: Eduardo Frei (DC), 1.409.012 votos (55,67%); Salvador Allende (FRAP), 997.902 votos (38,64%), y Julio Durán (PR), 127.233 votos (4,95%), en Germán Urzúa, *Historia de Chile y su evolución electoral*, op. cit. p. 603.

alcanzar el poder era posible la coexistencia de múltiples formas de lucha, a excepción de la guerra civil y la insurrección armada. Bajo las características de la realidad institucional de un país como Chile, lo más probable era que la implementación de esa vía tendría su manifestación, a través de la vía electoral, aunque se admitían otros mecanismos incluidos en la expresión más amplia de «lucha de masas». El camino entonces, de acuerdo al postulado comunista, consistía en conquistar el Poder Ejecutivo y desde allí avanzar en las modificaciones que permitieran el establecimiento de un régimen parlamentario, tal como quedaba expresado en el Programa de la colectividad.

Todavía en 1961, el PCCh debió dedicar tiempo y páginas para aclarar su postura frente al uso de la violencia como estrategia de acción política, frente a los alcances de la Revolución Cubana y a lo que consideraba posiciones aventuristas. Aunque no siempre con la claridad que se podía esperar, en sendos artículos publicados en Principios en los meses de enero y octubre de 1961, se refería en términos algo confusos en relación con el uso de la violencia y a la necesidad de crear destacamentos armados, al menos como autodefensa ante un eventual cambio de situación. Es muy probable que ello tuviera que ver con la reciente experiencia de clandestinidad por la que había atravesado el partido. Lo que indudablemente lo hacía asumir posiciones más cautelosas. Así, por lo menos, se desprende del siguiente texto:

«...cuando hablamos de prepararse para cualquier cambio de situación y, por tanto, para emprender, si llega el caso, la vía de la violencia, nos estamos refiriendo sobre todo a la necesidad de tener claridad ideológica y política, al estudio del arte de la revolución en cualesquiera de sus formas, a la labor del Partido en relación a los cuerpos armados, y también a la conveniencia de que el Partido comprenda que, aun habiendo conquistado su legalidad, no tiene que mostrar todo el cuerpo, y su trabajo debe continuar en su triple aspecto de legal, clandestino y secreto».²¹

Sin embargo, los comunistas se declaraban convencidos del singular camino que adquiriría la transformación política chilena, y este no era otro que la vía pacífica. Aunque precisaban que si las clases dominantes asumían la violencia como forma de acción política, el movimiento popular podía recurrir a la lucha armada como mecanismo de defensa y de acción revolucionaria.

No obstante, el reconocimiento de la validez de la Revolución Cubana (se debe recordar que ya habían pasado dos años del inicio de la misma); el

21 Luis Corvalán L., «La vía pacífica y la alternativa de la vía violenta», en revista Principios N° 86, octubre de 1961, p. 12.

rol dirigente jugado por la burguesía revolucionaria y la posibilidad de alcanzar el poder a partir del desarrollo de un foco guerrillero, se advertía acerca de la imposibilidad de trasladar aquel modelo en términos reduccionistas a otras realidades del continente.²²

En Chile, afirmaba el vocero del partido:

«...de abrirse paso la revolución por una vía violenta, empezaría tal vez en las ciudades, se expresaría a través de un levantamiento del proletariado con una combinación de paros generales o parciales, con luchas callejeras armadas y, naturalmente, con apoyo de masas en el campo, y no duraría sino algunos días o semanas a lo sumo».²³

Esto en función del análisis que los comunistas hacían de la realidad chilena, de sus instituciones y de la naturaleza del movimiento popular. Dicha apreciación tiene que ver con la secreta aspiración y necesidad de los comunistas de identificar la vía pacífica con una actitud revolucionaria y no reformista, dotando de mayor sentido al movimiento de masas que venían pregonando a lo largo de toda su historia. Se trataba más bien de conciliar ambas vías por un nexo en común, y atraer de algún modo la voluntad de quienes aún los tildaban de reformistas dentro de su propio campo político.²⁴

Hacia el año 1963 trataba de precisar el carácter revolucionario de la propuesta de vía pacífica, buscando los lazos que comunicaban esa estrategia con aquella que colocaba su acento en el uso de la violencia. Entonces, en un documento denominado *La vía pacífica es una forma de revolución*, además de enfatizar su propuesta de movilización de masas, su opción pacífica y sus alusiones a la realidad concreta, buscó conciliar ambos caminos:

«Hoy es claro que la diferencia entre la vía pacífica y la armada sólo está en el empleo o no de las armas como medio dominante de lucha. Dentro de una vía caben elementos de la otra y, lo que es tanto o más importante, para uno u otro caso rigen los principios comunes acerca del papel de las masas, del rol de la clase obrera, de la alianza obrero-campesina, etc.

22 En relación con la Revolución Cubana, ver Orlando Millas, «La Revolución Cubana sigue avanzando», en revista Principios, diciembre de 1959, N° 64, pp. 13-22, y de Aníbal Escalante, «Naturaleza y carácter de la Revolución Cubana», en revista Principios, agosto de 1961, N° 84, pp. 27-52.

23 Luis Corvalán L., «*La vía pacífica y la alternativa de la vía violenta*», en revista Principios, octubre de 1961, p. 15.

24 No está de más recordar que un importante sector del PCCh entendió en la década del ochenta que esa era la estrategia que impregnaba la PRPM, y no la alternativa guerrillera y de enfrentamiento armado de carácter frontal.

Del mismo modo, está claro que en el curso del proceso revolucionario puede resultar imperativo y conveniente pasar de una a otra vía. De ahí la necesidad de estar preparados para cualquier viraje en la situación y de dominar todas las formas de lucha».²⁵

Sin embargo, una cosa era el discurso y los afanes de conciliar todos los caminos posibles, y otra la de secundar las palabras con acciones concretas. En este último plano, el PCCh estaba a bastante más distancia de formular un plan de acción que incluyera la preparación para la vía armada en términos adecuados. Sí lo hizo en el plano de insistir en las fórmulas de acuerdos tanto hacia la izquierda socialista como hacia el centro «burgués», en su afán de constituir una amplia alianza electoral y de clases.

En los años siguientes, el partido siguió refiriéndose al tema poniendo al centro del debate la idea acerca de que la *vía pacífica* tenía como condición necesaria perfeccionar la capacidad de generar alianzas amplias entre los grupos revolucionarios y los de carácter progresistas de la sociedad chilena. No bastaba con la unidad del pueblo, era imperativo, sobre la base de un programa de reformas democráticas, ampliar la plataforma de apoyo y establecer alianzas sustantivas con otras clases y capas sociales.

Luego de la derrota electoral de 1964, el PCCh dirigió su discurso a otros aspectos de sus definiciones políticas. Con otro tenor, entonces ya no centró la discusión en el tema de la vía para alcanzar el socialismo —que descuidó temporalmente— y trasladó su interés hacia el tema de la «unidad de la izquierda», seriamente resquebrajada luego del triunfo de la Democracia Cristiana (DC) y por las críticas vertidas, en especial desde la izquierda socialista, que cuestionaban la validez del camino electoral para alcanzar el poder.

EL CAMINO COMUNISTA A FINES DE LOS SESENTA: UNIDAD POPULAR

En 1967, dos años antes de la creación del Pacto de Unidad Popular, el PCCh, nuevamente en las palabras de su Secretario General, hizo una serie de planteamientos, en que retomaba viejas propuestas que habían sido trabajadas —como se recordará— a principios de la década.²⁶ En primer término,

25 Luis Corvalán L., «*La vía pacífica es una forma de revolución*», en *Nuestra Época*, diciembre 1963, incluido en *Camino de Victoria*, pp. 59-60.

26 Corvalán, Luis L., «*Unión de las Fuerzas Antiimperialistas*», en *Revista Internacional Nuestra Época*, N°6, junio de 1967, incluido en Luis Corvalán L. *Camino de Victoria*, op cit.

definió el carácter de la revolución con un alto sentido de historicidad, afirmando que:

«En el marco general del subdesarrollo de América Latina hay diferencia entre los países que la componen, en cuanto a grado de desenvolvimiento económico, político y social. Esto determina el carácter de las revoluciones del continente la diversidad de las formas y la diferencia de tiempo en la liberación de los pueblos latinoamericanos».²⁷

Por lo mismo, si bien reconocía la necesidad de plantear el carácter continental de la revolución y de la obligación de establecer un frente común ante la «agresión imperialista», planteaba que el triunfo de la clase obrera dependería de su capacidad para batir al enemigo principal en el marco de su propia realidad histórica. En su ya tradicional adhesión a los clásicos marxistas, Corvalán citaba al Manifiesto Comunista

«Por su forma, aunque no por su contenido, la lucha del proletariado contra la burguesía es primeramente una lucha nacional. Es natural que el proletariado de cada país debe acabar en primer lugar con su propia burguesía».²⁸

En este sentido, el planteamiento del alto dirigente resaltaba la idea del carácter particular que debía asumir el camino hacia el establecimiento del socialismo. Este era el mejor argumento para defender lo que después fue dado en llamar «Vía Chilena hacia el Socialismo», que suponía construir el tránsito al socialismo, en el caso chileno, utilizando para ello la institucionalidad burguesa.

Convencidos de estar en el camino correcto, los comunistas chilenos intentaron reiteradamente profundizar la legitimidad de esa estrategia, sobre todo en un momento en que la radicalidad de las posiciones estaba siendo estimulada por el éxito de la Revolución Cubana, y por la aparición de movimientos guerrilleros a lo largo y ancho del continente.²⁹

Enfatizando la naturaleza histórica de la revolución, Corvalán afirmaba:

27 Op. cit., p. 194.

28 Op. cit., p. 196.

29 Sobre la influencia de la Revolución Cubana en América Latina, véanse, entre otros, Jorge G. Castañeda, *La utopía desarmada, intrigas, dilemas y promesas de la izquierda de América Latina*, Ediciones Ariel, Buenos Aires, 1993, y José Rodríguez Elizondo, *Crisis de las izquierdas. De la Revolución Cubana a Chiapas, pasando por el caso chileno*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1994.

«La Revolución Cubana ha sido una demostración palpable de cómo la vida rompe los esquemas, de que no se puede generalizar ninguna experiencia en lo que tiene de singular. Al mismo tiempo, de este principio no se puede extraer la conclusión de que lo singular de una revolución, y en este caso de la Revolución Cubana, no pueda también darse en otro lugar, aunque no exactamente de la misma manera. En este sentido, creemos que en algunos países de América Latina la llama de la revolución podría prender como ocurrió en Cuba, con la creación de un foco guerrillero».³⁰

Está claro que el discurso del Partido Comunista ya ha empezado a jugar con la estrategia pragmática y de relativa apertura que lo caracterizó en su trayectoria de varias décadas.

Citando a V. I. Lenin, Luis Corvalán advertía contra los peligros que suponía una errónea lectura de la realidad y el aventurismo izquierdista, pero al mismo tiempo asentía la necesidad de la *audacia creadora* que en el caso de su propuesta consistía en establecer contra la corriente más radical, aunque en consonancia con la de su mentor ideológico (el PCUS), una vía pacífica de tránsito hacia el socialismo.

«Por ello, no se puede rechazar de plano ni aceptar a fardo cerrado ninguna forma de lucha. Lo esencial es tomar el camino del combate, tratando de evaluar lo mejor posible la situación, tanteando el vado, sometiendo la táctica a la prueba de la práctica, hallándonos dispuestos tanto al avance como al repliegue, siempre en busca de la coyuntura que permita abrirle paso a la revolución».³¹

Estas palabras grafican muy bien la conducta del partido en los años siguientes, aunque está claro que durante todo el período de la Unidad Popular, e incluso después de iniciada la dictadura militar, las acciones de los comunistas fueron muy cautas y de acuerdo a la línea planteada en estos años.

Con todo, en la antesala de la creación de la alianza de la Unidad Popular a fines de los 60, el PCCh debió clarificar y defender los aspectos centrales que harían posible la viabilidad de un conglomerado de ese tipo. En un primer término, argumentó la existencia de caminos alternativos, y si bien se reconocía la posibilidad de vías más radicales como el uso de la violencia, por ejemplo, esta sólo podía ser validada en función de su historicidad. El partido se esmeró entonces, en reconocer la legitimidad de la Revolución Cubana como vía de acción política, aunque sólo después de una fase inicial de definido escepticismo. Sin embargo, aquel reconocimiento era bastante menos

30 Corvalán, op. cit., p. 196.

31 Op. cit., p. 197.

nítido del que sustentaban quienes creían que esa vía era posible en un país como Chile, en las condiciones ofrecidas por la década de los sesenta.

Otro aspecto relevante que el Partido Comunista debió discutir fue el carácter multclasista de la alianza que estaba patrocinando. En el mismo artículo de 1967, Corvalán aseguró que las fuerzas sociales de la revolución constituían un agregado de actores múltiples. El nudo central lo constituían los componentes del proletariado nacional, pero al cual se unían los campesinos (esta vez actores mucho más centrales en las transformaciones sociales y políticas por las cuales atravesaba el país), pero también los estudiantes, las capas medias y algunos sectores de la burguesía nacional.³² El PCCh admitía que la única posibilidad de generar una base de apoyo sustantiva para el proyecto popular era estableciendo una plataforma de acuerdo con estos últimos sectores, aunque ello representara una medida transitoria para generar una correlación de fuerzas favorables. Esto obedecía, además, a su estrategia de aislamiento del enemigo principal, que se constituía en la tesis central para el triunfo de los sectores populares y el proletariado.

La lucha principal, según la organización izquierdista, se planteaba frente al imperialismo norteamericano y las oligarquías, y en ella confluían los intereses de grupos diversos, por lo tanto, había que fortalecerla en esa dirección. Con todo, en palabras de Corvalán el éxito de la estrategia residía

«En la aplicación de nuestra línea en favor de la unidad de acción de las más amplias fuerzas antiimperialistas y antioligárquicas, los comunistas partimos siempre de la idea de que la alianza de la clase obrera con el campesinado, la alianza del proletariado con los sectores populares no proletarios, es la mejor garantía de la constitución de un sólido y combativo frente único».³³

32 El movimiento campesino chileno alcanzó una notoria relevancia en el contexto electoral, político y social de la década de 1960. Las reformas de fines de los cincuenta ayudaron a la integración política del campesinado, además de provocar una notoria masificación electoral. En los sesenta, la sindicalización campesina creció sustantivamente, a menudo impulsada por la Democracia Cristiana y la misma Izquierda. A modo de cifras, según datos proporcionados por el cientista político Timothy Scully, hasta el año 1965 había 33 sindicatos rurales con 2.126 afiliados, mientras que en 1969 esa cifra había aumentado a 423 sindicatos que agrupaban en total a 104.666 campesinos. Datos en el texto de Sofía Correa et al. *Historia del Siglo XX chileno*, Editorial Sudamericana, Santiago, 2001, p. 249.

33 Luis Corvalán, «Unión de las Fuerzas Antiimperialistas», en *Camino de Victoria*, p. 200.

El partido confiaba en la capacidad rectora del proletariado, toda vez que la economía del país estaba manifestando un interesante crecimiento de la oferta industrial a partir de los años cuarenta, con el consiguiente crecimiento del número de trabajadores en el sector y el aumento de su importancia dentro de la estrategia económica. Al mismo tiempo, el proletariado minero tenía una tradición de organización y lucha desde principios de siglo, estando vinculado directamente con aquellas actividades en que el capital transnacional se había hecho dominante.³⁴

Sin embargo, para la hora presente la organización se encontraba frente al hecho «objetivo» de la actitud revolucionaria de algunos sectores de la pequeña burguesía. Con esto, se abría la necesidad de integrar a esas fuerzas en una corriente revolucionaria capaz de sintetizar un proyecto de naturaleza incluyente. El mensaje iba claramente dirigido a reconocer las posibilidades de entendimiento con algunos sectores al interior de la Democracia Cristiana.

Así como existen miembros de la pequeña burguesía que se descuelgan de su clase de origen y se enlistan en las filas del Partido Comunista, argumentaba Corvalán, existen núcleos de pequeña burguesía capaces de levantar sus propias organizaciones y, en consecuencia, al PCCh le correspondía la tarea de ganarse esas instancias para la causa revolucionaria. Se trataba de asumir una actitud más flexible y no caer en lo que posiblemente los comunistas definirían como un error de izquierda, es decir, en el sectarismo y la exclusión. De paso, no está de más decir que esta actitud es la que los comunistas fortalecieron para posibilitar la alianza con sectores disidentes de la DC, con las fracciones más importantes del radicalismo y con otros núcleos menores de representación mesocrática. Además, se debe recordar que en numerosas ocasiones, a pesar de las diferencias, en el ámbito de los conflictos sindicales y huelguísticos los comunistas estimularon la generación de acciones comunes entre trabajadores de filiación radical y aún democratacristiana, más sus propios militantes.

Dando cuenta de sus errores del pasado, Corvalán manifestaba entonces

34 Existe una amplia bibliografía dedicada al movimiento obrero chileno en autores como Hernán Ramírez Necochea, Jorge Barría, Julio César Jobet, Crisóstomo Pizarro, entre otros. Para profundizar sobre esto, se recomienda el artículo de Jorge Rojas, *Los trabajadores en la historiografía chilena: balance y proyecciones*, en Revista de Economía y Trabajo N°10, Programa de Economía del Trabajo, PET, Santiago, 2000, pp. 47-117. En él se revisan extensamente las producciones historiográficas dedicadas al mundo del trabajo.

«Durante varios años los comunistas chilenos sustentamos la consigna de instauración inmediata de la dictadura del proletariado, de la constitución del Poder Soviético. Esta posición sectaria no ayudó a la ampliación de nuestras filas. Al abandonar esa consigna, pasamos a concebir la revolución chilena como democrático-burguesa».³⁵

Para los comunistas esto suponía el fortalecimiento de la acción común con otras fuerzas políticas y sociales no populares, lo que, para el período avanzado de la década del sesenta, le permitía matizar su postura frente a la DC y al gobierno de Eduardo Frei Montalva (1964-1970). Sin embargo, la posibilidad de acuerdos con esa colectividad nunca pudo prosperar, por las reticencias de la DC, por las distancias ideológicas que los separaban y porque ambos partidos competían entonces por un espacio social que estaba en disputa.³⁶

A pesar de lo anterior, el PCCh asumía la necesidad de la creación de una base social amplia, pues a sus dirigentes les asistía el convencimiento de que la

«...colaboración en la lucha entre las fuerza revolucionarias del proletariado y de la pequeña burguesía puede llegar muy lejos, incluso a la constitución de un solo partido revolucionario marxista-leninista allí donde ambas corrientes tienen hoy sus propios partidos».³⁷

Además, aseguraba Corvalán, los partidos que servirían de eje a la alianza popular ya contaban con puntas de lanza entre los sectores de la pequeña burguesía, y en eso el Partido Socialista parecía estar más aventajado. El aserto estaba dirigido claramente a convencer a los socialistas de la posibi-

35 «Unión de las fuerzas antiimperialistas», en *Camino de Victoria*, p. 203.

36 Además, otro motivo del impedimento para las alianzas PCCh-DC fueron las distintas visiones sobre el carácter de la Democracia Cristiana en el seno de la propia izquierda, con lo cual se ponía en riesgo el eje socialista-comunista. El PCCh, por un lado, definió en un primer momento al gobierno demócratacristiano como «socialmente contradictorio», debido a la heterogénea composición social de la colectividad. Por otro lado, en el PS un conocido dirigente afirmó que al gobierno de la DC se le negaría *la sal y el agua*. Los socialistas, confirmando esta negativa visión, en el marco de su XXI Congreso (1965) calificaron a la Democracia Cristiana como: «...reaccionaria y antisocialista en cuanto pretende el afianzamiento de la burguesía como clase reformista y paternal en cuanto necesita el apoyo de las masas para sus propios fines de representante de la clase capitalista», en Julio César Jobet, *El Partido Socialista*, op. cit., p. 108.

37 Luis Corvalán, *Camino de Victoria*, p. 205.

lidad de establecer acuerdos hacia el centro político. Para entonces existía la convicción de que el PCCh era una organización esencialmente obrerista, mientras que el PS admitía en su seno una amplia gama de trabajadores manuales e intelectuales que le daba a su base social un matiz verdaderamente más heterogéneo.³⁸

En concreto, y en una situación que guarda algún grado de comparación con lo que había sucedido en los orígenes del Frente Popular en los años treinta, los comunistas proponían inicialmente un acercamiento hacia aquella parte del centro político que estaba representada por el Partido Radical. Si bien este último ya no era la fuerza hegemónica del sistema de partidos políticos chileno, conservaba una adhesión electoral que en una competencia de tres tercios podría hacer la diferencia entre el triunfo y la derrota en la futura contienda por la presidencia.³⁹ Lo anterior queda expresado en el siguiente cuadro:

-
- 38 Desde su nacimiento como organización el 19 de abril de 1933, el Partido Socialista de Chile se distinguió por tener una composición social bastante más diversa que los comunistas, ya que incluía un amplio sector de clases medias de provincias, intelectuales, estudiantes, empleados, y una importante base trabajadora urbana. Consecuentemente con esto, esta diversidad social devino en constantes disputas ideológicas y políticas que los socialistas han manifestado con más regularidad que el PCCh durante su desarrollo histórico. Para profundizar sobre la composición social del PS, véanse, Julio Faúndez, *Izquierdas y democracia en Chile, 1932-1973*, Ediciones BAT, Santiago, 1992, pp. 88-96; Federico Gil, *El sistema político de Chile*, op cit. pp. 309-311; Paul Drake, *Socialismo y populismo en Chile 1936-1973*, Instituto de Historia Universidad Católica de Valparaíso, Valparaíso, 1992, pp. 131-142.
- 39 El Partido Radical fue fundado en la segunda mitad del siglo XIX por un grupo de oligarcas de la región de Atacama, ubicada en el norte de Chile. Durante el siglo XX, los radicales representaron en una buena parte los intereses de las capas medias, incluyendo en sus filas sectores como empleados, profesores, funcionarios públicos, además de ciertos segmentos oligarcas. Políticamente los radicales fueron el partido de *centro* predominante hasta la década de 1960, caracterizándose por su comportamiento extremadamente pragmático, ya que entabló alianzas con todos los grupos políticos, desde los liberales hasta los propios comunistas. En general los radicales se destacaron por su vocación reformista de clase media, pero con importantes segmentos anticomunistas. Para profundizar véanse: Federico Gil, *El sistema político...* op. cit., pp. 277-286; Florencio Durán, *El Partido Radical*, Editorial Nascimento, Santiago, 1958; Germán Urzúa, *La democracia práctica. Los gobiernos radicales*, Editorial Melquíades, 1987 y, del mismo autor, *Los partidos políticos chilenos: las fuerzas políticas. Ensayos de insurgencia política*, Editorial Jurídica de Chile, Santiago, 1968; Alberto Edwards y Eduardo Frei, *Historia de los partidos políticos chilenos*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1949;

Cuadro I	
Evolución electoral Partido Radical: Elecciones parlamentarias	
Año elección	Votación Partido Radical
1953	13,3%
1957	22,1%
1961	21,4%
1965	13,3%
1969	13%

Fuente: Julio Faúndez, op. cit., p. 293.

En este sentido, un virtual entendimiento entre radicales y las fuerzas del FRAP podría conducir a que, por primera vez en la historia de Chile, una coalición con la hegemonía de los partidos de la izquierda marxista conquistara el Poder Ejecutivo y eventualmente una mayoría parlamentaria, aunque eso era más difícil de alcanzar.

A comienzos de año un todavía progresista Alberto Baltra — importante figura del Partido Radical—, había sostenido que

«el mundo marcha inevitablemente hacia el socialismo» y que «es perfectamente concebible una alternativa viable lo suficientemente socializada como para permitir una planificación eficaz, preparar el cambio del sistema capitalista, extirpar los monopolios, debilitar la influencia imperialista y facilitar la acumulación y movilización de los cuantiosos recursos que se necesitan para acrecentar la capitalización nacional y, por ende, el ritmo de desarrollo de Chile».⁴⁰

Estas apreciaciones fueron planteadas por Baltra en el marco de las elecciones municipales de 1967, una contienda que estableció el peso específico de los distintos campos políticos y de cada partido, particularmente en términos de su adhesión ciudadana. Se debe recordar que para esta época ya estaban en plena vigencia los cambios introducidos al sistema general de elecciones, que le habían dado mayor limpieza a los actos electorales, y que permitió, además, el ingreso masivo de la población al ejercicio ciudadano.⁴¹

Sergio Guislasati, *Partidos políticos chilenos*, Editorial Nascimento, Santiago, 1964. Para una visión crítica, véase el importante estudio de Norbert Lechner, *La democracia en Chile*, Ediciones Signos, Buenos Aires, 1970.

40 Alberto Baltra citado por Luis Corvalán en *Camino de Victoria*, p. 206.

41 En este período se materializó una transición de un *electorado de clientelas* a uno *de masas*, Ángel Flisfisch, Seminario *La Unidad Popular, 30 años después*, Universidad de Chile, mayo de 2003. En 1958 se dictó la ley electoral que creaba la

Sin embargo, la competencia que estableció la pauta de los conflictos futuros del sistema de representación fueron las importantes elecciones parlamentarias de 1969. Los resultados finales se muestran en el siguiente cuadro:

Cuadro II	
Elecciones Parlamentarias 1969:	
Principales fuerzas políticas	
Partidos	Votación (porcentaje)
Comunista	15,9
Socialista	12,2
Democracia Cristiana	29,8
Nacional	20,0
Radical	13,0

Fuente: Dirección Registro Electoral, citado en Arturo Valenzuela, op. cit., p. 106.

Esta distribución electoral convenció a los comunistas de la necesidad de fortalecer su unidad con el Partido Socialista, pero al mismo tiempo la de intentar el acercamiento con los radicales, que aunque en declinación eran la única fuente electoral disponible hasta ese momento. Se debe recordar que el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU) cristalizó solamente el año sesenta y nueve.⁴²

cédula única, lo cual privó la práctica del cohecho en las zonas rurales y permitió mayor libertad de acción de los ciudadanos. En 1962, por otro lado, se declaró la obligatoriedad en la inscripción en los registros electorales. Ambas medidas provocaron un aumento explosivo de la participación, llegando a alcanzar un 29% de la población total. Por ejemplo, entre las elecciones presidenciales de 1958 y las de 1964 el número de votos aumentó de 1.250.350 a 2.530.697. Los datos se extrajeron de Norbert Lechner, *La democracia en Chile*, op. cit., p. 120. Desde el año 1970, el electorado continuó en expansión, debido a la inclusión al ejercicio ciudadano de los analfabetos, no videntes y menores de 21 años.

42 El MAPU fue un partido nacido de una escisión *hacia la izquierda* del Partido Demócrata Cristiano. Estuvo compuesto sobre todo por importantes segmentos de la juventud del partido y algunos militantes *históricos*, como Jacques Chonchol y Rafael Agustín Gumucio, además de sectores del campesinado. Esta organización surgió como consecuencia del descontento hacia el gobierno de Eduardo Frei Montalva (1964-1970), en tanto abogaba por la radicalización de sus reformas estructurales. Por ello, derivó progresivamente hacia la izquierda marxista, participando en la formación de la Unidad Popular en 1969 y durante todo el gobierno de Salvador Allende. Para una discusión de sus bases ideológicas, véanse la entrevista-

En función de lo anterior, el PCCh enfatizó la necesidad de acción común y por lo mismo procuró establecer propuestas que empatizaran con los intereses de los posibles nuevos asociados, aunque al pasar dejó de manifiesto la transitoriedad que podía llegar a tener dicha colaboración. Entonces comentó Corvalán:

«Los comunistas siempre hemos planteado que existen dos tipos de aliados de la clase obrera: permanentes y transitorios. Este es también un hecho objetivo. La historia no se detiene. Una vez que se alcanzan tales o cuales metas, la sociedad se plantea nuevos pasos hacia adelante. Y en ese momento surgen nuevas contradicciones y nuevas tareas y, en relación a ellas, se producen cambios en las posiciones políticas, se crea una nueva correlación de fuerzas, algunos pasan a posiciones reaccionarias, mientras los más quieren seguir y seguir adelante».⁴³

La propuesta comunista de alianza amplia suponía afrontar la fase de profundización democrática, y en ella todos los involucrados parecían tener intereses en común.

El proyecto comunista y luego el de la Unidad Popular necesitaban poner en claro avanzar en la democratización como paso inicial en el camino al socialismo, y eso suponía el mayor respeto posible a la diversidad política, a la libre expresión de las ideas, a la confrontación de las mismas y al privilegio de salidas negociadas. Por esta misma razón, el partido fortaleció su viejo discurso y repitió insistentemente algo que ya habían anunciado en todas direcciones: el carácter pacífico de la vía que se estaba proponiendo, que contemplaba la movilización de masas, pero no hacía de lo militar un constituyente esencial de la opción y que, por lo tanto, relativizaba el uso de la violencia, en el sentido que no hacía de ella una necesidad imprescindible. Por otra parte, concebía su utilización como una respuesta a la violencia reaccionaria proveniente del imperialismo, de la oligarquía y de la institucionalidad burguesa.

ta a Rodrigo Ambrosio, primer Secretario General del MAPU, en la serie de documentos, *El primer año del gobierno popular*, Unidad Proletaria N°1, marzo 1972, pp.17-28. Para complementar sobre las posiciones del MAPU durante el gobierno de la Unidad Popular; la entrevista a Jaime Gazmuri, en *El segundo año del gobierno popular*, Unidad Proletaria N°2, noviembre 1972, pp. 314-352. Sobre la discusión Democracia Cristiana-MAPU, véase Jaime Castillo Velasco, *Teoría y práctica de la democracia cristiana chilena*, Instituto de Estudios Políticos, Editorial del Pacífico, Santiago, 1973, pp. 411-438.

43 Luis Corvalán L., *Camino de Victoria*, p. 209.

En segundo término, enfatizaba el carácter multipartidista del sistema de representación. Esto es interesante, porque una actitud como ésta muestra un punto de inflexión entre la postura del Partido Comunista de Chile y la ortodoxia difundida por el PCUS, cuyo modelo estaba sustentado en la convicción de la existencia de partido único.

En todo caso, una decisión como esa es la que le ha dado al comunismo chileno una base de sustentación para reivindicar su carácter de partido democrático, a pesar de sus adhesiones al movimiento comunista internacional.

En la ocasión, el Secretario General del PCCh defendió la tesis multipartidista para el modelo de transición al socialismo.⁴⁴ Para ello, apeló a las que estaban siendo posturas «disidentes» respecto a la ortodoxia soviética, llevadas adelante por los partidos comunistas en países como Italia y un poco más tarde en Francia, realidades en que se encontraba mucho más enraizada la institucionalidad liberal y que, además, habían pasado por la experiencia traumática del fascismo y la ocupación nazi.

Como se sabe, el germen de lo que después se ha dado en llamar eurocomunismo se materializó, inicialmente, en el voto a favor de una representación multipartidista y un cuestionamiento a la existencia de partidos únicos. Además, introdujo el concepto de «policentrismo», por el que se reconoce la existencia de varios focos de articulación del movimiento comunista internacional. La propuesta de Luis Corvalán se hizo pública cuando seguramente ya eran conocidas las divergencias entre Palmiro Togliatti, Secretario General del Partido Comunista Italiano, y las tesis emanadas desde Moscú.⁴⁵

44 En relación al multipartidismo revisar los artículos de Sergio Vuskovic, editados por revista Principios: «Construcción pluripartidista del socialismo», marzo-abril, 1968, N° 124, pp. 7-23; «Pluripartidismo político», enero-febrero 1971, N°137, pp. 6-14 y, «Pluralismo ideológico», septiembre 1971, N°140, pp. 43-52.

45 Así, el año 1964 Palmiro Togliatti, Secretario General del Partido Comunista Italiano, llegó a declarar: *«Las formas y condiciones concretas de avance y victoria del socialismo serán hoy y en el futuro próximo muy diferentes de lo que han sido en el pasado. Por eso cada partido debe moverse de un modo autónomo. Nosotros nos opondremos, pues, a cualquier propuesta de crear de nuevo una organización internacional centralizada. Somos fomentadores tenaces de la unidad de nuestro movimiento y del movimiento obrero internacional, pero esta unidad debe realizarse en la diversidad de las posiciones políticas concretas»*. En Bernardo Valli, *Los eurocomunistas*, Editorial Dopesa, Barcelona, 1977, p. 31. Opiniones del PCCh sobre sus pares italianos se encuentran en Jorge Insunza, «El Congreso de los comunistas italianos», en revista Principios, mayo-junio 1966, N°113, pp. 56-80. Durante el gobierno de la Unidad Popular, véase el saludo de Volodia Teil-

En el año 1967 los comunistas chilenos expresaron abiertamente su adhesión a un modelo de representación multipartidista, tratando de asegurar, de esa manera, la confianza de aquellos partidos y sectores sociales comprometidos con la democracia tradicional.

El Partido Comunista de Chile, al reconocer la necesidad de un sistema de participación plural, debió subordinar, aunque sin abandonar, la tesis de la Dictadura del Proletariado, por lo menos en los textos de sus definiciones políticas y estatutos partidarios. En la etapa siguiente, y durante el desarrollo de su experiencia de la Unidad Popular debió enfatizar el concepto de vanguardia política. Es decir, su apoyo a la convocatoria para la conformación de una alianza amplia suponía al mismo tiempo fortalecer la capacidad de liderazgo de las clases trabajadoras y sus organizaciones políticas. Citando a V. I. Lenin, Corvalán trataba de dar más autoridad a su propuesta:

«...no basta con llamarse vanguardia y destacamento avanzado; hay que obrar de tal manera que todos los demás destacamentos vean y no puedan por menos de reconocer que marchamos adelante». ⁴⁶

La estrategia sustentada por el PCCh invocaba una alianza amplia, pero con el liderazgo claro y nítido en las manos de la unidad comunista-socialista, los dos actores más importantes de la izquierda chilena. Una dirección difícil de resolver, toda vez que el Partido Socialista se encontraba en camino de asumir una postura más radical, que anunciaba la difícil relación entre las colectividades de la izquierda marxista después del triunfo de 1970.

CONCLUSIONES

El Partido Comunista de Chile mostró una notoria continuidad discursiva, sino a partir de su nacimiento, al menos desde la temprana década de 1930. Así, es interesante constatar el esfuerzo realizado por la colectividad, en el sentido de asentar un conjunto de ideas y bases programáticas. Esto lo llevó a propiciar, en un primer término, su integración al sistema institucional, y luego su participación en alianzas de naturaleza política con un claro sentido incluyente. De un modo general, es posible afirmar que las tesis enarbolas por el PCCh hunden sus raíces en un largo período de tiempo y con una notable continuidad histórica. La búsqueda de acuerdos y compromisos con el centro radical y luego con la izquierda socialista, abrió una ruta que sería

telboim, «Nuestra palabra en el XII Congreso del Partido Comunista Italiano», en revista Principios, enero-febrero, 1972, N°144, pp. 129-143.

46 Lenin, citado por Luis Corvalán L., *Camino de Victoria*, p. 212.

reeditada por el partido en los años cincuenta y sellada definitivamente con su proyecto de Unidad Popular hacia fines de la década siguiente.

En ese camino la organización demostró una importante coherencia, reafirmada constantemente en su adhesión a una concepción etapista de la revolución y refrendada, primero, por su tesis de vía pacífica, y en segundo término, con un relativo alejamiento de la ortodoxia, avalando la existencia de un régimen multipartidista inscrito en los marcos de la democracia representativa.

A pesar de ello, es importante señalar cómo el PCCh realizó una lectura permanente de los clásicos marxistas y trató de justificar sus líneas de acción invocando con frecuencia a V. I. Lenin. En este sentido, la tesis de la vía pacífica tuvo su sustento ideológico en el carácter pragmático e historicista del líder de la revolución rusa. Así, los comunistas chilenos otorgaron un lugar privilegiado al análisis de las condicionantes «objetivas» de la realidad, asignando de paso un aura cientificista a sus proposiciones. Esto es lo que los convenció poderosamente de la rigurosidad de sus conclusiones.

Su constante referencia a las variables históricas de los movimientos políticos les permitió tomar distancia, al mismo tiempo, de fenómenos como la Revolución Cubana y suscribirse a las tesis del PCUS, con el cual mantuvo un alto grado de consonancia ideológica.

Sin embargo, el PCCh, al igual que los demás componentes del sistema político, debió alternar esta necesidad de mantener una línea ideológica con su pretensión de ocupar y mantener posiciones al interior del sistema político. Esto fue lo que lo llevó a buscar fórmulas de acuerdo con otros sectores de la izquierda, cuya posición fundamental frente a los que debían ser los caminos de la revolución estaban, en algunos casos, a bastante distancia de los postulados de la organización. En el afán de acortar distancias, es posible explicar por qué el PCCh debió matizar su discurso. Por una parte, debió profundizar el carácter revolucionario de su acción, buscando legitimidad antes sus aliados más radicales. Entonces enfatizó sus llamados a la lucha de masas, y otorgó a ellas un contenido revolucionario, aprobando incluso niveles de violencia que las mismas podían llegar a representar.

Por otra, esta actitud relativizó su imagen de partido sistémico, de alguna manera contaminó su pretensión legalista —en el sentido de su respeto a la institucionalidad burguesa—, y terminó por despertar la desconfianza de los actores comprometidos con la defensa del statu quo, pero también de aquellos que, aun queriendo introducir cambios, sentían el peso de la denominada amenaza comunista.